

Un Sueño del Siglo XI¹

José Antonio Ocaña Martínez

Una sosegada lluvia acariciaba mi rostro, despertándolo, lentamente, a medida que me acercaba al monasterio. Los pequeños charcos producidos por el agua abrían surcos en el sendero que tuve que ir sorteando para no mojar mis pies. La tierra, endurecida tras el corto verano, rezumaba el transparente líquido, desechándolo, como si la sed para ella no existiese. Era lógico: la naturaleza, como los humanos, todo lo asimila, se acostumbra en un largo retorno hacia si misma, de tal manera que nunca necesita la ayuda de algo que le parece extraño y, en cambio, es consustancial a ello.

El día estaba despuntando y me daba cuenta que el dulce sueño privó, por una vez, a mi persona de llegar puntualmente a mi trabajo que, día tras día, me aguarda en la fría, pero acogedora, biblioteca donde me siento acurrucado entre el calor de las letras que tan buena compañía son para mi. Ellas mismas son las causantes de mi retraso pues la noche y el lecho han sido buen lugar para la lectura donde la soledad se tornó amiga sufriendo una metamorfosis que inundó mis sensaciones hacia caminos insospechados. Recuerdo, ahora, las primeras palabras del libro que tengo junto a mi cama *vanidad de vanidades*.

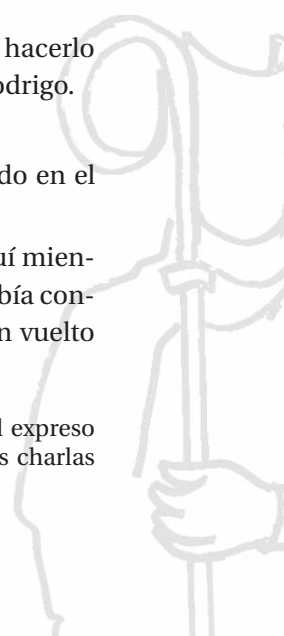
Golpeé la aldaba de hierro, fuertemente, insistentemente, y, antes de hacerlo por enésima vez, la puerta se abrió con cierta violencia. Era el hermano Rodrigo.

-Buenos días-, le dije.

-Subid raudo y veloz. Anxo está enfurecido. Creo que se han equivocado en el miniado de una hoja y ¡uf! ...

No escuché las últimas palabras, de su áspero comentario, pero las intuí mientras apremiaba mi paso. Llegaba tarde y el trabajo que se está realizando debía contar con mi aprobación previa. Seguro que los peculiares escribanos habían vuelto

¹ Este cuento fue pensado, entre sueños, una noche de septiembre de 1981, en el expreso Coruña-Madrid, y redactado pocos días después en Madrid, en recuerdo de mis charlas con alguien que dice llamarse *Anxo*.



a meter la pata. La subida de las escaleras, a pesar de sor-tearlas de tres en tres pelda-ños, dio tiempo a que mis oídos percibieran voces amenazadoras:

-¡Sois unos inútiles y el padre Rosendo llegará de un día a otro! ¿Cómo vamos a lograr terminar el libro? ¡Y, encima, el dichoso artista sin llegar!

Repentinamente, abrí la puerta de la biblioteca, irrumpiendo en la sala, sintiendo clavadas en mi rostro la mirada de los presentes. Anxo, con su faz enrojecida, respiró hondamente y se sentó. Era suficiente para él y para mí.

Me puse a la tarea inme-diatamente y cambié mi de súbito. Quise dejar fiel reflejo

del personaje honrado por nuestro protector, lo cual, posiblemente, sería una sorpresa para él. Seguro que le gustará, pensé, ¿o quizás le parezca demasiado? Yo sabía que Anxo no gustaba de protagonismos y reflejar en una hoja a Rosendo podría ser una muestra de ello. Al menos él lo creería así. Pero ¿no es cierto que en la vida sólo caben dos posturas siendo las medias tintas cosa de ineptos? Me decidí, entonces, y puse manos a la obra, obsequiando un respiro a mis ayudantes, tras haberme quedado solo en la biblioteca. Mi trabajo fue veloz e ininterrumpido, dando rienda suelta a mi imaginación, disfrutando del dibujo que, paulatinamente, iba apareciendo ante mis ojos, mientras mi pensamiento volaba entre nubes de amistad y admiración hacia el que, ciertamente, era la punta de lanza de mi imprevista decisión al plantear, en la última hoja miniada, algo que no estaba previsto, pero que dejaría constancia de la persona a la que sería obsequiado el libro.

Es curioso sentir cómo, en la realización artística, la mente pulula alrededor de caminos insospechados, aunque siempre dentro del contexto que nos envuelve a pesar de que, aparentemente, parezca estar en otro mundo. En el momento presente, el contexto era Anxo y la realización Rosendo.



OCAÑA, Rudesindus, bronce, 1977.

-¿Puedo pasar?

Era Anxo, alto, fuerte. Sus ojos brillaban de entusiasmo, aunque se adivinaba en su rostro un cierto atisbo de preocupación.

-Ha llegado una carreta del norte y trae buenas nuevas. El padre Rosendo llegará hoy. No sé que vamos a hacer-, balbuceó.

-Pero si el volumen está ya concluido-, maticé.

Su sorpresa fue inaudita, reflejándose en su clara mirada la alegría de conocer terminado lo tan deseado. Al fin podría entregar a su tan admirado personaje algo que él consideraba importante, como muestra del gran afecto que le profesaba.

-¡Qué alegría! Dejadme ver la obra, entonces- inquirió con alborozo.

-Lo siento -contesté- es una sorpresa.

-De este modo, el asombro será para Rosendo y no para mi- respondió con cierto resquemor.

-Mejor. Así debe ser. Además, de este modo, la admiración será doble.

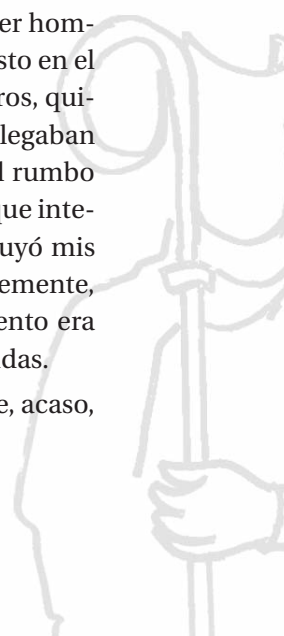
Pareció convencerle mi respuesta y me invitó a pasear junto a él por el jardín del monasterio. Bajamos, lentamente, la escalinata que daba a un largo corredor, tras el cual un arco de herradura habría a un hermoso campo de flores y árboles frutales que estaban en su decadencia anual, dadas las fechas que corrían: la llegada del otoño. Dadas tales, hermosas para la charla amiga, a lo que nos acompañó el cese de una persistente lluvia que no había dejado de caer durante toda la noche. El olor a mojado inundaba el ambiente. La temperatura era agradable y, tras un breve silencio, acompañado por el escaso chorro de la fuente del jardín, fue interrumpido por Anxo, comentándome:

-¿Creéis que le gustará?

-Es posible –repliqué sin dejar de caminar.

Mi contestación no debió gustarle, pues frunció el ceño, a pesar de no ser hombre que soliese dar a conocer su estado de ánimo. La ilusión que había puesto en el regalo le había llevado a traer hombres, aunque cristianos, de tierra de moros, quizás contento por su buen hacer según las noticias que del sur peninsular llegaban sobre suntuosas edificaciones y otras artes suntuarias. Procuré cambiar el rumbo de la conversación y me propuse reconducir la charla a través de caminos que interesaban mi curiosidad, a pesar de que en diversas ocasiones siempre rehuyó mis intentos de profundizar en determinados temas. Yo sabía que, posiblemente, actuaría como en otros diálogos que habíamos mantenido, pero el momento era apropiado para mi intento. Sin meditarlo más, me decidí y osé hincarle dudas.

-¿Por qué razón insistís en esa admiración por el padre Rosendo? ¿Es que, acaso, no tenéis bienes y dones suficientes como para no necesitar favores?



Quise reconducir mi pregunta hacia el materialismo de la vida. Sabía que Anxo dedicaba buena parte de sus caudales a obras benéficas a través del monasterio –bienhechoras en un sentido estrictamente altruista-. Recuerdo que, en más de una ocasión, me había dicho:

-Mirad, Ocaña –hizo una pausa y continuó balbuciendo- nada, fijaos bien en lo que os significa: nada tiene importancia.

Por todo ello, deduje, su interés por el personaje, de familia noble, en ningún modo sería crematístico. Prueba de ello era su total desprendimiento económico, respaldado por sus extensas piedades a las que parecía no dar importancia y al hecho de no tener esposa. Está, pues, claro que no inquiría auxilios ni patrocinios que aumentasen su numerario ni sus riquezas. ¿Por qué, entonces, esa especie de, casi, idolatría hacia alguien que, si ciertamente era carismático y admirable, no suponía para mi un motivo de ensimismamiento, aunque sí excelencia? Algo no cuajaba en mi mente. No comprendía, realmente, que en vida se evaluase de esa manera a otra persona ya que si hubiese muerto la cuestión cambiaría puesto que los años y el recuerdo suelen envolver en nieblas desconocidas a los que ya no están con nosotros. Mi forma de ver tal situación era algo así como si de un sueño se tratase.

Anxo, ante mi pregunta última, contestó vagamente:

-Le debo mucho-musitó pensativo- es algo entre él y yo.

Comprobé que mi acompañante resulta imperturbable y, aunque pensé acharlo nuevamente, desistí en mi empeño pues nada conseguiría. Por otra parte ¿qué me importaba a mí? Seguimos paseando y mi ego volvió a irrumpir en el silencio que entre ambos se había hecho de nuevo.

-Decidme una cosa Anxo, si no deseáis bienes materiales en vuestra vida terrena, y creo que de ello existe buena prueba, ¿por qué no dejáis todo y os ordenas monje? Recordad aquél consejo del Maestro para con el acomodado gentil y su deseo para alcanzar la eternidad. ¿Es que acaso tenéis miedo a alguien o a algo? Creo que el mundo de la meditación os haría más feliz. Aunque –dudé- quizás no.

El mutismo se hizo, de nuevo, entre nosotros, interponiendo una barrera que dificultaba la comunicación. Anxo me miró y, bosquejando nueva sonrisa, preguntó:

-¿Vos qué creéis que debiera hacer? O mejor ¿pensáis que con ello se arreglan las cosas? ¿No es ya demasiado tarde?

Sus respuestas, como casi siempre, estaban envueltas de una niebla que difuminaba su comprensión, al menos para mí, aun cuando creí intuir un cierto rescoldo de ironía en sus palabras, a lo que contribuía su exquisito timbre de voz y, a la vez, de sinceridad, la cual, en muchas ocasiones a mí me faltaba. Quizás lo que más atraía mi curiosidad era esa especie de tranquilidad interior que reflejaba su rostro.

Sin embargo, su mirada, a veces pícaro, dejaba intuir restos de una profunda lucha interior por la consecución de algo que el hombre ha buscado siempre y que nunca encontrará. ¿Será así? Todo en mí son dudas.

El padre Rodrigo acertó a pasar por el jardín y, dirigiéndose a mí, me comentó:

-Cuando entrasteis no tuve oportunidad de deciros que el abad notó, en la biblioteca, la falta de varios de los libros que os habíais llevado. Yo, como pude, disculpé el desliz, aunque creo que intuyó quien los tenía.

-No os preocupéis que pronto los repondré, pero necesito algo de tiempo pues algunos aún no terminé de leerlos.

-Ya, ya –contestó interrumpiéndome y mostrando cierto desdén-. Vos y vuestras dichosas lecturas. No sé cómo algunos de esos libros están en un lugar santo y pueden conducir al hombre hacia la heterodoxia –y se alejó.

Rodrigo sabía de mi interés por temas que, en determinadas personas, eran considerados casi heréticos. Cuántos errores puede cometer la ignorancia disfrazada de ortodoxia equivocada. Rodrigo era un hombre iletrado, como alguno de los bondadosos anacoretas que pudo haber conocido Franquilla. A pesar de sus esfuerzos en las cuevas eremitas a orillas del Sil, posiblemente, muchos no llegaron a comprender el verdadero sentido y significado de la vida contemplativa. Quizás fuese mejor así para él ya que, en realidad, resultaba un ser puro y recio a la vez, ocupado en la actividad de lo que anunciaba una Orden intuitiva, orando y trabajando, lo que cumplía a rajatabla, sin preocupaciones más profundas. Quizás esa original sencillez sea la más positiva y válida para el hombre de nuestro tan temido siglo X que, a pesar de los recelos que de ese tiempo se tiene, está resultando como los precedentes y los futuros, ahora que estamos en sus albores.

-Me pregunto qué dilucidará la historia de todo esto.

-Amigo Ocaña –replicó Anxo- lo que diga la historia me tiene sin cuidado.

Respuesta lacónica, breve e inteligente, pensé. Tenía razón. Habíamos llegado al fondo de la finca y nos sentamos sobre un banco de piedra, bajo unas parras. Se



OCAÑA, Pormenor central de la instalación Rudesindus, 2006.

estaba bien allí. A mi memoria acuden frases hermosas atribuidas a Lao-Tsze, cuyo texto, casualmente, traía conmigo. Lo abrí y releí en voz alta:

-Una simple pajuela en el viento puede cegar a un hombre de tal manera que él no pueda distinguir los puntos del compás. Un pequeño mosquito basta par mantener a un hombre despierto y desesperado toda una noche. Lo mismo me sucede con esa plática vuestra acerca de la caridad y los deberes para con nuestro prójimo. Creedme, que esto me crisper los nervios. ¿Por qué no conservar la palabra caridad en su original sencillez? Así como el viento sopla hacia donde le da la gana, así también dejad que la virtud se establezca por si misma. Por lo tanto ¿a qué ese derroche de inútil energía? Es como ir en pos de un fugitivo haciendo sonar un tambor. La garza es blanca sin necesidad de bañarse cada día y el cuervo es negro sin que tenga que teñirse las plumas cada mañana. La simplicidad del blanco y del negro es algo que escapa a nuestras especulaciones. La búsqueda afanosa de la fama y la reputación no compensa el esfuerzo. Cuando el estanque se seca y los peces quedan sobre la arena del fondo, inútil será tratar de humedecerlos con nuestro aliento o pretender que naden sobre las gotas de nuestra saliva. Lo que habría que hacer sería no sacarlos nunca de los ríos y lagos en los que ellos nacieron y en donde vivían felices.

Cerré el libro y apoyé mis antebrazos sobre las rodillas, mirando fijamente un pequeño charquito de agua que reflejaba el chorro de la fuente, gracias a las leves rayas de sol que se habían asomado, casi de forma indiscreta. Tras un fugaz silencio, de nuevo Anxo tomó la palabra, balbuceando al principio y en alta voz después y, otra vez sonriendo, observó:

-Cada día me sorprendes más y más. ¡Qué barbaridad, es increíble!

Su cierto sabor irónico, otra vez, asomaba desde sus labios. Una ironía sana, veraz, graciosa, que retrataba al Anxo coloquial, sutil, conversador, partidario de la tertulia –a veces- sincero, alegre, perspicaz, bueno, altivo, culto, intimista, conmovedor, casi infantil, complejo, tangible, sorprendente, diligente, solitario, sagaz, viajero, tierno, individual, muy reservado y amigo.

-Creo que la intimidad del hombre deja de ser tal, en el momento en que toma una pluma y se pone a escribir. De ahí la relevancia de la lectura que a tantos asusta-, expliqué con un movimiento, señalando hacia donde se había ido el buen hermano Rodrigo, mientras Anxo no tardó en replicar:

-No olvidéis que, en casos como este, la criatura no es culpable de sus lagunas de conocimiento. Ignorante puede ser para vos aunque en su interior exista una completa conformidad y plenitud existencial. De ahí que, entre vuestras dos posiciones, existe una barrera impenetrable de incomprensión. Desavenencia a la que, como erudito, no debéis tener acceso; de lo contrario, estaríais dándole la razón.

-Tenéis razón- como siempre, pensé, extrañado de su larga frase, acostumbrado como me tenía a sus concisas respuestas- y añadí-: de todos modos, esa incom-

preensión que rodea a todo lo que se aparte de lo establecido, lo oficial, lo común ¿no es algo con lo que el hombre debe luchar? ¿Es que, acaso, la libertad individual debe estar siempre bajo el yugo del apunte agustiniano en el que primero es la fe y después la razón en una inmutable jerarquía? ¿No tendría razón Scoto Erígena cuando establecía que nadie entrará en el cielo sino es por la filosofía, captando mediante la inteligencia las verdades que cree? Posiblemente no sea así –pensé– ¿Qué opináis al respecto?

Anxo, me miró, sonrió y respondió:

-Pero Ocaña, ¡qué problemas os planteáis! Las cosas son mucho más simples. No os compliquéis la vida con teorías.

Su sinceridad, nuevamente, salía a relucir, *aunque* su cautela impedía una vez más penetrar en su pensamiento. Estaba seguro de que Anxo tenía sus ideas al respecto pero, su silencio las oculta. Quizás sea en su soledad, en vida por imperativos, donde mantenga sus soliloquios, que en cierta medida le hayan llevado a este desprendimiento por parte de sus bienes y a llevar una vida de protección hacia las artes como si de este modo intentase rasgar esa incomunicación para con los demás, dando rienda suelta a algo que quizás él no pudo ser. O mejor, no quiso ser, porque no lo necesitó. Estoy seguro de que Anxo no tenía frustraciones.

Intenté entresacar un resquicio de opinión y pragmatizando el sentido de mi pregunta le indiqué:

-¿Acaso vuestra postura ante la marcha de la historia es impasible; las guerras, invasiones, sometimientos, hambres y demás calamidades, no significan nada? ¿Dónde ha quedado la bondad?

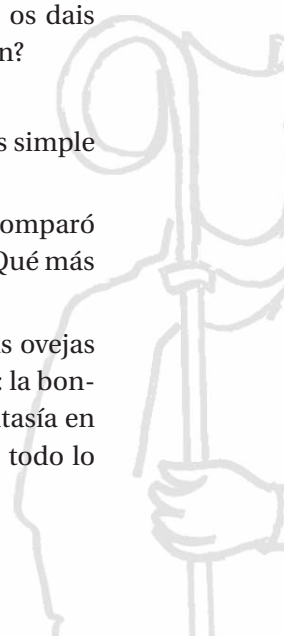
Amigo Ocaña, si pudieseis vivir mil años más, quizás no pensaríais de igual modo. Todo se repetirá hasta la saciedad: con otras sociedades, otros hombres, otros sistemas, pero todo volverá a reproducirse, paso a paso. Os explico: si la vida es dura y difícil todo depende de vuestra previa postura al respecto. ¿No os dais cuenta de que muchos son como ovejas, el animal más tosco de la creación?

-¿Cómo es eso? –interrogué.

-Es muy simple: la pretendida bondad de dicho animal no es tal, apenas simple y pura impotencia –observó-.

-O sea que donde se ponga una cabra... -Pero si el mismo Cristo nos comparó con las ovejas, recordadlo: *yo soy como el pastor que apacienta mis ovejas*. ¡Qué más queréis!

-¡Exacto! –exclamó con su particular acento-. El sentido del pastor y las ovejas no era ese. Qué más da una que otra. Lo relevante vos lo habéis anunciado: la bondad. Y, además, ¿no habéis caído en la cuenta de que todo es una pura fantasía en la que los hombres pugnan por llegar a no se donde, en un ir y venir que todo lo



confunde? Largos rebaños de ovejas que siguen al pastor de las vanidades sin preguntar, pero dañando a diestro y siniestro dejando el campo depredado. ¡Igual, igualito que las ovejas!

Anxo estaba arrojado, su sentir se estaba abriendo y yo, al fin, podía comprobar cómo, de su propia boca, se abría a mis oídos su gran humanidad, y continuó con su razonamiento:

-Todo es una farsa y, sin embargo, ¡qué hermoso es el sueño de un niño... igual que el descanso de un guerrero!

El silencio se hizo de nuevo entre nosotros, mientras yo pensaba que apenas entreveía qué quería decirme. Se oyeron voces que venían de la plaza. Anxo, repentinamente, se levantó y se dirigió hacia la puerta principal que abría a la explanada. Intuyo lo que está ocurriendo: el padre Rosendo habrá llegado, ahora como guerrero. Y yo, nuevamente, me he quedado en ascuas y sin poder profundizar en nuestra conversación. De forma imprevista, o voluntariamente, siempre surgía algún obstáculo que interrumpía nuestra charla, en el instante menos oportuno. Me fui a ver la llegada de los defensores que, contra los normandos, habían luchado. Monjes, el noble del lugar, jóvenes, mujeres, mendigos, todos rodeaban a Rosendo: alto, rubio, corpulento. Parece que está herido. Anxo lo tomó del bazo y lo condujo hacia el monasterio, seguramente a la biblioteca, sin reparar en sus lesiones. Yo, quise contemplar el acontecimiento y deambulé hasta llegar al umbral del recinto donde se produciría la entrega del libro en el que yo tanto había trabajado. ¿Qué diría de mis miniaturas?

-¡Eh, despierta, que ya hemos llegado, ya no queda nadie!



Ángel Martínez –Anxo–, en su despacho de la Diputación de Orense, en 1977, ante el lienzo central del tríptico Dignidad, Pobreza, Fuerza.

Me había quedado dormido en el vagón. Bajamos del tren. Un gran bullicio reinaba en la estación madrileña del Norte. Comedia humana; gentes con maletas, madres con sus hijos llevando lo poco que pudieron en el tren de salvamento, soldados y policías organizando colas para –según decían– subir a unos autobuses que nos llevarían a refugios o algo por el estilo.

-Qué espectáculo tan penoso- exclamé en voz alta.

-Ya te lo dije muchas veces. Incendios, bombas, guerras, estaban intentándolo y lo han conseguido: el caos, el infierno, el Apocalipsis final.

Un vendedor de periódicos me ofrece la prensa. Leo en grandes titulares: *Esta noche los restos radiactivos han llegado ya a zonas del interior. Según informa el Ministerio de Defensa y Protección Civil, se están haciendo ímprobos esfuerzos para evacuar totalmente la zona gallega.* Aún adormilado, y fuera de mi asombro, leía estas terribles noticias que recuerdan la sangre del mundo derramada por nada. Diez siglos contemplan el sueño de la triste realidad. Demasiado hermosos para ser verídico. Y recuerdo algo del sueño: *Amigo Ocaña, si vivierais mil años más...*

